

Itinerarios de la teoría del desarrollo. Capitalismo, socialismo y después

Slater, David

David Slater: Catedrático en geografía social y política en la Universidad de Loughborough, Inglaterra.

La teoría y práctica convencionales del desarrollo han sido una expresión del poder sobre otras sociedades y economías - un reflejo de la creencia en el destino manifiesto de Occidente. El desafío marxista trató de hacer surgir otra forma de poder basada en principios socialistas, pero también aquí hubo una tendencia a suscribir una posición privilegiada para los patrones y significados occidentales del desarrollo. En la discusión actual sobre la significación y las disposiciones del desarrollo, la política de producción y despliegue de conocimientos ha devenido cada vez más en una cuestión cardinal.

La actual es una era tanto de finales como de comienzos. La producción intelectual contemporánea está saturada de un sentimiento de despedida, o partida, de un pasado concluido; en los debates se destaca el prefijo «post»: podemos ir del post-estructuralismo al post-modernismo o del postmarxismo al post-desarrollo. Simultáneamente estamos frente a anuncios de una clausura radical; y por ende leemos acerca del postulado «fin de la historia» o el «fin de lo social». Y en sentido inverso, en una reacción sintomática a las argumentaciones sobre los ocasos, nos impulsan a creer en nuevos comienzos o afirmaciones novedosas. En una crítica yuxtaposición sobre el «final de la historia», se discute que estamos viviendo «el comienzo de la geografía», el surgimiento de un nuevo globalismo en las relaciones humanas, o una nueva era para la democracia. De igual forma, en el contexto más específico de las teorías del desarrollo y de los análisis de la división Norte-Sur es posible distinguir una superposición afín, según la cual las ideas relativas al fin del desarrollo o «post-desarrollo» (Latouche) conviven codo a codo con la intención de reconsiderar y volver a problematizar qué se quiere decir con «desarrollo». Más aún, la escena contemporánea se caracteriza por la continua imposición al mundo no occidental, de una visión ortodoxa y occidental del desarrollo, circunstancia que se

refleja muy claramente en nociones como «ajuste estructural», desregulación económica, y más recientemente «buen gobierno». Tal visión, continuación de un deseo occidental aparentemente inagotable de desarrollar el mundo, ha sido crecientemente cuestionada, y dentro de una corriente más nueva, el desarrollo, tout court, ha sido rechazado abiertamente como una serie de inaceptables prácticas occidentales para subordinar el Tercer Mundo (Marglin/Marglin; Sachs).

Lo que está claro ahora es que juntamente con la disolución del Segundo Mundo después de 1989, con las aceleradas tendencias a la globalización y el explosivo surgimiento de una diversidad de tensiones y conflictos sociales graves, también ha habido un resurgimiento del interés en el estado de las relaciones Norte-Sur y en las formas como se concibe el desarrollo. Este resurgimiento se ha reflejado también en el ámbito académico de la geografía, donde las contribuciones de, entre otros, Corbridge, Peet/Watts, y Schuurman han conectado el pensamiento desarrollista a los asuntos de la deuda y del medio ambiente, así como a cuestiones más generales de teoría social y política.

En el presente clima de agitación tanto intelectual como sociopolítica, es todavía más necesario que antes de rastrear las rupturas y conexiones en la formación de los discursos sobre el desarrollo. Y no es solamente la historia de las ideas lo que es tan crucial, sino también su geopolítica, tal como trataré de sugerirlo a continuación. Una activa política de recordación, que continúa y revivifica lo que se considera significativo y pertinente, está acompañada de una política de olvido, que puede usarse para insinuar la idea de una nueva verdad, cuyas raíces tal vez se extiendan profundamente en el pasado.

A continuación pretendo discutir dos perspectivas principales del desarrollo, perspectivas que se contraponen y son esencialmente incompatibles. A la primera me referiré simplemente como la visión occidental ortodoxa, expresada tanto por la teoría de la modernización como por el neoliberalismo. En oposición a esa visión, el período de la posguerra ha sido testigo del auge y caída de una teorización del desarrollo inspirada en el marxismo, que pese a un buen grado de heterogeneidad interna también ha tenido una cierta regularidad conceptual y política. En la tercera y última sección me referiré, bien que brevemente, a los perfiles generales de la presente situación, dentro de la cual una remodelación crítica de la teoría del desarrollo ha adquirido un significado crecientemente global.

Divide y vencerás: un proyecto occidental

Fue el discurso de la Ilustración el que originalmente le confirió significado a los conceptos de lo «moderno». Occidente se convirtió en el modelo, el prototipo y la medida del progreso social. Fueron la civilización, la racionalidad y el progreso occidentales los que resultaron proclamados e investidos de pertinencia universal. Al mismo tiempo, tal enunciación estaba íntimamente relacionada con la creación de una serie de oposiciones (por ejemplo, «naciones civilizadas vs. naciones bárbaras» o «pueblos con historia y pueblos sin historia»), que eran reflejos de la necesidad de generar un otro no-occidental a fin de establecer una identidad positiva para Occidente mismo.

El nutrimiento de una identidad positiva para Occidente encontró una expresión clave en los Estados Unidos del último siglo. Para los años 50 del siglo pasado ya existía la firme creencia de que los anglosajones americanos eran un pueblo aparte, innatamente superior, destinado a llevar el buen gobierno, la prosperidad comercial y la cristiandad a los continentes americanos y al mundo. Thomas Jefferson, por ejemplo, escribió que Inglaterra y EEUU serían modelos para «regenerar la condición del hombre, las fuentes de las cuales fluirán al mundo entero el gobierno representativo» (cit. en Horsman, p.23). El sentido de misión, el aura de predestinación geopolítica, quedó captado en la frase «destino manifiesto», que apareció por primera vez en los años 40 del siglo pasado. Esta creencia en una ética del destino, firmemente afianzada en una convicción religiosa particular, no permaneció circunscripta a los territorios de América del Norte, sino que se extendió hacia el Sur, hasta Centroamérica, el Caribe y en algunos casos a todo el continente americano. Además, a lo largo del siglo XIX se arraigaron firmemente las hipótesis anglosajonas sobre la civilización estadounidense como forma más elevada de civilización en toda la historia, a medida que las actitudes estadounidenses hacia otras naciones y habitantes se basaban crecientemente en una jerarquía racial claramente definida (Berger).

La fidelidad a un sentido de misión, y a la supremacía anglosajona, incluía un deseo apremiante de llevar los postulados beneficios de un estilo de vida superior a otros pueblos y sociedades menos afortunados. Con frecuencia el deseo de «desarrollar», la determinación «modernizar» otra sociedad iba acompañado de una creencia en la necesidad de orden, al igual que de un exaltado sentimiento de fervor civilizador. A comienzos del siglo XX, el presidente Roosevelt, volviendo la mirada hacia el Sur, al mundo latinoamericano (esa «gente débil y caótica que vive al Sur

de nosotros»), escribió que «cuando se vuelve absolutamente inevitable, es nuestro deber vigilar esos países, por el bien del orden y la civilización» (Niess, p. 76).

La idea de un proyecto modernizador, de desarrollo, civilizador, que se legitimaba como parte de una misión más amplia de destino imperial, tuvo una realización política práctica en toda una serie de ocupaciones. Previo a 1917, y antes del nacimiento de lo que llegaría a ser percibido como «la amenaza comunista» a la libertad y civilización occidentales, EEUU ocuparon y administraron los gobiernos de República Dominicana (1916-1924), Haití (1915-1934) y Nicaragua (1912-1933), y mantuvieron un papel de protectorado sobre Cuba desde comienzos del siglo. En el caso de República Dominicana la imposición del desarrollo a través de la ocupación coincidió con una guerra de guerrillas de cinco años contra las fuerzas del gobierno militar estadounidense, y en otros casos, especialmente el de Nicaragua, tampoco estuvo ausente la resistencia. A la par que preservaban el orden e imponían una voluntad geopolítica de autoridad sobre esas otras sociedades, EEUU introdujo también una serie de programas sociales y económicos conexos que fueron los precursores de los proyectos de desarrollo contemporáneos; hubo iniciativas para expandir la educación, mejorar la salud e higiene públicas, crear cuerpos policiales, construir obras públicas y de comunicación, establecer reformas jurídicas y penales, realizar censos y mejorar la agricultura. En el caso de Cuba, por ejemplo, ocupada y gobernada por EEUU desde 1898 hasta 1902, los reformadores de la escuela pública establecieron un nuevo sistema educativo con organización y textos importados de Ohio; en 1900 Harvard trajo 1.300 maestros cubanos a Cambridge para recibir instrucción sobre los métodos de enseñanza estadounidenses, y entre 1898 y 1901 los protestantes evangelistas establecieron alrededor de noventa escuelas en la católica Cuba. Al mismo tiempo se emprendieron grandes esfuerzos por «americanizar» los sistemas de justicia, sanidad, transporte y comercio, mientras el gobierno militar estadounidense desbandaba las instituciones del movimiento de independencia cubano (el Ejército de Liberación, el Gobierno Provisional y el Partido Revolucionario Cubano). Igualmente se estimularon las inversiones estadounidenses, y equipos de expertos de EEUU centraron su penetrante mirada científica en los recursos minerales, agrícolas y humanos de la isla, a fin de determinar los medios adecuados para aprovechar las riquezas del país.

Estas intervenciones geopolíticas implicaban proyectos para la modernización y desarrollo de otras sociedades. Las invasiones e intervenciones eran descritas y suscritas en términos de orden, civilización y destino. Desarrollar otro país significaba, por lo tanto, gobernarlo, y restaurar el orden era parte de un proyecto más amplio de civilizar el Sur latinoamericano. Es importante recordar esta génesis,

pues en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial el crecimiento de la teoría del desarrollo tuvo raíces claves en esas historias previas de las relaciones Norte-Sur. Hubo prolongaciones significativas de los discursos, pero al mismo tiempo el período de la posguerra fue testigo del surgimiento de una serie de cambios geopolíticos cruciales.

En los años transcurridos desde finales de la década de los 40 se construyeron dos discursos occidentales sobre el desarrollo, que aunque relacionados están muy lejos de ser idénticos. En primer lugar, durante los 50 y 60, en época de la guerra fría y del nacimiento de toda una serie de Estados-nación independientes, se volvieron vitales las conceptualizaciones de lo moderno. La teoría de la modernización, como se denominó, echó raíces en las ciudadelas académicas de Occidente y encontró expresión en una amplia gama de ámbitos disciplinarios. Era multi-disciplinaria y más multidimensional que el análisis marxista econocéntrico de la década de los 70. Abarcaba cuestiones de crecimiento económico, instituciones sociales, cambio político y factores psicológicos. Sus dogmas encontraron albergue en la geografía al igual que en la historia. En esencia, la teoría de la modernización se construyó en torno a tres componentes interrelacionados: una visión acrítica de Occidente basada principalmente en una lectura selectiva de la historia de EEUU y Gran Bretaña; una perspectiva de las sociedades no-occidentales o tradicionales que ignoraba sus historias y media su valor intrínseco en términos de su nivel de occidentalización; y una interpretación del encuentro entre Occidente y el no-Occidente basada en la suposición dominante de que el no-Occidente sólo podía progresar, llegar a desarrollarse, deshacerse de su atraso y tradiciones, adoptando relaciones con Occidente. La postulada dicotomía entre lo «moderno» y lo «tradicional», tipos ideales de pura cepa weberiana, se reprodujo igualmente dentro de las denominadas sociedades tradicionales de África, Asia y América Latina. Allí se estimuló al investigador a observar una dualidad entre centros urbanos modernos de creciente innovación occidental y periferias rurales; el «desarrollo» llegaría, se gestionaría a través de la difusión de innovaciones (capital, tecnología, espíritu empresarial, instituciones democráticas y valores de Occidente).

Una reseña tan somera tiene que ser necesariamente incompleta. Por ejemplo, hay que subrayar que la teoría de la modernización pasó por dos fases que fueron especialmente visibles en la ciencia política y la literatura sociológica. En la fase inicial, que duró hasta mediados de los años 60, hubo un sentimiento de optimismo, una firme creencia en el éxito potencial del proceso de modernizar y occidentalizar la sociedad tradicional. Si tan sólo la sociedad premoderna pudiera encontrar formas de aceptar y adaptarse a la creciente marea de la modernización, su futuro desarro-

llo a largo plazo estaría garantizado. Pero con el surgimiento de movimientos nacionalistas radicales en el Tercer Mundo, el comienzo de la guerra de Vietnam, y el incremento de la protesta social dentro de la misma nación líder de la modernización, las nociones de modernización en EEUU vinieron a estar cada vez más asociadas a discusiones de orden político, colapso social y «enfermedades de la transición», como las ejemplificadas en forma ostensible por el comunismo. Finalmente, para comienzos de los años 70, la creencia en la aplicabilidad universal del imperativo modernizador había entrado claramente en decadencia. Esto puede explicarse en parte como resultado de la creciente comprensión en Occidente de que las sociedades del mundo en desarrollo eran mucho más heterogéneas y complejas de lo que habían descrito originalmente los protagonistas de la teoría de la modernización, pero también por el repunte de resistencia al proyecto occidental, y especialmente estadounidense, de dominar para desarrollar. La derrota en Vietnam fue emblemática; la voluntad de desarrollar y controlar al otro recalcitrante había sido quebrantada, aunque sólo fuera temporalmente.

En los años transcurridos desde finales de la década de los 40 se construyeron dos discursos occidentales sobre el desarrollo

En una segunda ola de la doctrina desarrollista, frecuentemente considerada como neoliberal y que habitualmente se expresa en la terminología del ajuste estructural, la privatización, la desregulación, el libre comercio y el desarrollo basado en el mercado, se prescribió desde Occidente un modelo aparentemente nuevo, que también debía ser el modelo para el resto del mundo. Las economías tenían que abrirse como nunca antes, había que dismantelar y simplificar las estructuras del Estado - una barrera rígida al desarrollo exitoso - había que imponer estrictamente la disciplina financiera y la lógica del mercado debía imperar totalmente para beneficio de todos. Arraigada inicial y fundamentalmente en corrientes anteriores de liberalismo económico (Slater, 1993a), la doctrina de los años 80 ha sido ampliada para incorporar nociones de buen gobierno, descentralización fiscal, participación en el desarrollo y el fortalecimiento de la sociedad civil. El terreno de intervención se ha extendido y el proyecto tiene un alcance enteramente global. En palabras de un informe de la OCDE (p. 49), las soluciones a los problemas internos en los que tienen responsabilidad los encargados de las políticas en Occidente «están cada vez más asociadas con el funcionamiento económico e institucional de otras sociedades (...) y esto crea una nueva esfera de acción para la comprensión mutua y la sinergia entre los formuladores de políticas en los gobiernos donantes, al abordar el desarrollo como parte del logro de una agenda global».

Al comparar estas dos olas de la teoría del desarrollo es importante entender las convergencias tanto como los puntos de diferencia. Un cambio importante, característico del neoliberalismo, se relacionó con el tratamiento de las relaciones entre los sectores público y privado. En los años 80 se abogó por el sector privado, mientras se visualizaba el sector público, y más específicamente el Estado, como una grieta en el desarrollo, un escenario de ineficiencia y de estancamiento institucional. Una confianza suprema en la benigna opacidad de las fuerzas del mercado, en la santidad de la propiedad privada y en la superioridad de los individuos orientados al éxito impregnó los textos ortodoxos de la doctrina neoliberal. En contraste la doctrina de la modernización le dio mayor peso al Estado-nación en los países en desarrollo y enfatizó la importancia de un mayor grado de equilibrio entre los sectores público y privado. En ese tiempo la influencia de las ideas keynesianas todavía era un factor importante, y el papel del Estado en el desarrollo se contemplaba en general desde una perspectiva más pragmática.

En términos de aspectos comunes, ambas teorizaciones compartían la creencia en la pertinencia universalista de los modelos occidentales de desarrollo. Sus puntos de partida recurrían a una interpretación idealizada de la historia y la geopolítica occidentales, y todas sus recomendaciones para el desarrollo y el progreso daban por sentado que el encuentro Norte-Sur era intrínsecamente beneficioso para el Sur. El universalismo etnocéntrico de la teoría de la modernización proporcionó uno de los principales blancos para la crítica de la dependencia a finales de los 60 y principios de los 70 (Slater, 1993b), pero el neoliberalismo de los años 80 y posteriori ha tendido a escapar de un cuestionamiento similar. Hasta cierto punto esto puede estar relacionado con un debilitamiento del pensamiento crítico en los estudios del desarrollo durante la década de los 80, pero también el clima político globalizante ha favorecido claramente la reafirmación de la hegemonía occidental en cuestiones de desarrollo y modernización. Y es precisamente dentro de este contexto que tenemos que subrayar el hecho de que es el influjo político de los que creen en la supuesta superioridad del modelo de desarrollo occidental ortodoxo, en combinación con su poder institucionalizado y sus enormes recursos, lo que explica la extendida vigencia del discurso del «desarrollo como occidentalización».

La decadencia del desafío marxista

La aparición de un desafío marxista y neomarxista a los criterios ortodoxos, o a los comúnmente denominados criterios capitalistas sobre la modernización y el desarrollo, data de los años 60, y con referencia a los países imperialistas, se remonta especialmente a 1968. Las perspectivas de dependencia, discutidas en profundidad

en otros trabajos (Kay), prepararon el terreno para el paso a un campo marxista más claramente marcado. El ascenso del pensamiento marxista fue un fenómeno generalizado en el mundo de las ciencias sociales de los años 70, y en el ámbito de los estudios del desarrollo figuraron en forma prominente las interpretaciones teóricas de los modos de producción, el intercambio desigual, los sistemas mundiales y los conflictos de clases. Mientras se daba una importancia conceptual de primer orden a las relaciones y fuerzas de producción, al capital y el trabajo asalariado, a la internacionalización del capital como una relación social y a las estructuras y luchas de clase, en un lenguaje más directamente político se denunciaba el capitalismo como un sistema de explotación que debía ser reemplazado por el socialismo.

Si bien es cierto que el diagnóstico marxista sobre los asuntos sociales y económicos del desarrollo sigue desempeñando un papel en la literatura crítica de las ciencias de la geografía y las ciencias sociales, debe considerarse que su influencia está en decadencia. Aparte del impacto de los acontecimientos de 1989 y de la desintegración del antiguo Segundo Mundo, la menguante influencia intelectual y política de los enfoques marxistas puede estar relacionada con tres problemas interrelacionados.

1. Ha habido una tendencia tradicional, si bien ahora mucho menos marcada, a suponer que la economía siempre sería determinante en última instancia. En otras palabras, se dio por sentado que la lógica del desarrollo económico capitalista gobernaba el resultado de los procesos sociales y políticos. En una lectura semejante, la naturaleza del Estado se infería de la dinámica de esa lógica subyacente. Más aun, muchas veces se dio el caso de que la estructura económica no sólo ocupaba el centro del marco explicativo global, sino que, adicionalmente, esa estructura determinante llegaba a absorber también a los sujetos o actores sociales. Esa tendencia analítica representa un ejemplo puro de economicismo marxista.

2. Cuando se ha examinado el cambio sociopolítico, el sujeto clave siempre ha sido un sujeto de clase, y la lucha de clases ha sido interpretada como la lucha histórica definitoria. Aquí hay dos problemas interrelacionados. En general, no se han analizado las maneras como surgen formas diferentes de subjetividad social. No se ha prestado atención a los procesos mediante los cuales los individuos en sociedad se constituyen en sujetos o agentes sociales, pues el interés primordial se ha centrado en los sujetos de clases. En lugar de ver la categoría clase como un posible punto de llegada en un examen de las subjetividades sociales, se la ha tomado como un punto de partida predeterminado. Por añadidura se ha dado por sentado que el sitio de producción es central y determinante en la construcción de la conciencia social.

En consecuencia, la comprensión de la heterogeneidad y complejidad de la conciencia social ha quedado rígidamente circunscripta. Pero además, como se ha interpretado al sujeto social en el sitio de producción como un sujeto unificado, centrado en torno a las experiencias del lugar de trabajo, ha sido menos factible comenzar a comprender las barreras para la movilización en ese lugar de conflicto potencial.

El problema principal del análisis de clase marxista, particularmente tal como ha sido desplegado en los estudios del desarrollo, es que no teoriza la subjetividad ni la identidad. Esta omisión está condicionada a su vez por la creencia en que la actuación de las clases se explica por su situación en las relaciones de producción, que las preceden de un modo tan casual como lógico. En el marxismo las clases son los agentes del proceso histórico, pero son agentes no concientes, puesto que se postula que el ser social determina la conciencia. Sin embargo, se puede discutir muy eficazmente que la reproducción de la existencia material, al igual que la constitución del ser social, tienen que presuponer el pensamiento; no lo preceden.

3. La creencia en la existencia de un sujeto social privilegiado y predeterminado, al que se adjudica el papel de portador histórico de un rompimiento revolucionario con el capitalismo, ha impregnado el canon marxista y neomarxista. Por tanto tiempo se consideró la revolución de la clase trabajadora como una especie de cura para las enfermedades del capitalismo. Pero cuando ocurrieron las verdaderas rupturas revolucionarias, como en un buen número de sociedades periféricas, fue imposible encasillar a los agentes de esas rupturas y quiebres en ninguna categoría de clase. En los casos de las revoluciones en Cuba y Nicaragua, por ejemplo, en momentos históricos específicos una variedad de sujetos sociales, unidos alrededor un horizonte político particular que combinaba una gama de actitudes, sentimientos, simpatías y deseos (en torno a cuestiones que tenían que ver con la nación, la lucha contra la dictadura, la necesidad de justicia social e igualdad, la lucha contra el imperialismo yanqui), se reunieron y emprendieron una serie de acciones que culminaron en el momento de la revolución. Esas revoluciones, al igual que otras en las sociedades del Sur, no fueron gestionadas por una clase trabajadora insurgente, sino impulsadas por una suma de fuerzas que coincidían en una imaginación política común. Y tal coincidencia era precaria, temporal y voluble. Lo que demostró ese tipo de sublevaciones revolucionarias fue el surgimiento, en determinados momentos, de una voluntad colectiva de derrocar el orden existente. Crucial para esos procesos de cambio fue la fusión de la voluntad de subvertir un orden establecido e injusto, con un deseo de dignidad e independencia nacional.

Adicionalmente a estos tres problemas analíticos de la lectura marxista del desarrollo y el cambio político, hemos sido testigos de la encarnación institucionalizada del marxismo - y más precisamente de las ideas marxista-leninistas - en Estados unipartidistas y altamente autoritarios. Cuba es un ejemplo impresionante de ese fenómeno. Con su sistema unipartidista en Cuba falta claramente cualquier división de poderes dentro del espacio político del Estado. La noción de que el partido es una síntesis de la sociedad, o la creencia anterior, que se remonta al Che Guevara, de que en un período posrevolucionario debe haber una identificación total entre sociedad y gobierno, captó la esencia de un deseo de poder total. Dentro de un sistema tal, el pensamiento marxista-leninista se convirtió en doctrina estatal, y fue usado para representar la idea de una sociedad sin antagonismos, una sociedad donde se habían trascendido los conflictos de clase del capitalismo, una sociedad donde la lucha política había concluido felizmente. La renuencia a aceptar diferencias, y la falta de cualquier institucionalización de los medios para la expresión de diferencias efectivas, o estrategias alternativas, han consolidado una estructura rígida que encierra poco potencial para la renovación constructiva.

Los logros de la revolución cubana en el desarrollo son bien conocidos. Transformaciones en los sistemas de educación y salud, sustanciales mejoras en la utilización de los recursos agrícolas y minerales, instalación y ampliación de servicios públicos, e incisivas reducciones en los niveles de desigualdad social y económica. La satisfacción de las necesidades básicas siempre fue una prioridad vital para la revolución cubana, antes de que se convirtiera en consigna publicitaria de las organizaciones internacionales. Pero, a diferencia de la revolución nicaragüense, el proceso cubano no se ha caracterizado por sus intentos de crear nuevas formas de combinar diferentes prácticas democráticas. La longevidad del embargo comercial estadounidense y el aislamiento geopolítico general en el hemisferio occidental introdujeron una dependencia prolongada respecto de los países del antiguo bloque soviético. Con la disolución de este bloque y una severa reducción en la ayuda financiera, concomitante con agudos cambios en la estrategia postsoviética, el sistema político cubano luce ahora todavía más frágil en su rigidez. La falta de pluralismo político y la ausencia de canales institucionales para la expresión de diferencias ensombrece extensamente los logros de la revolución en materia de necesidades básicas. Durante muchos años el debate sobre Cuba se polarizó entre los defensores acríticos del cambio revolucionario y los que se rehusaban tercamente a tolerar cualquier evaluación positiva del desarrollo cubano. Uno de los dilemas contemporáneos se perfiló en torno al siguiente problema: ¿cómo se pueden preservar esos logros sociales y económicos del período posrevolucionario, y al mismo tiempo abrir el sistema político a una variedad de corrientes diferentes? En el caso cubano

no sólo está muy clara la primacía de lo político, sino igualmente que la trayectoria futura del desarrollo de la isla va a estar íntimamente vinculada con el impacto cambiante de las circunstancias geopolíticas.

El desarrollo y la geopolítica del conocimiento

A medida que las perspectivas marxistas comienzan a desvanecerse, las corrientes teóricas críticas más recientes se interesan particularmente en las cuestiones de la identidad, las diferencias, la subjetividad, el conocimiento y el poder. En los estudios del desarrollo, tal como lo ejemplifican las contribuciones de Marglins y Sachs, se ha intentado construir una crítica radical del discurso del «desarrollo», visto como una forma hegemónica de representación del Tercer Mundo. Esta nueva corriente crítica, tipificada como expresión de un punto de vista «antidesarrollo», incluye ciertos supuestos e intereses compartidos. Entre estos se destacan los siguientes: un interés en los conocimientos y culturas locales como bases para redefinir la representación y los valores sociales; una actitud crítica con respecto al conocimiento científico establecido, y la defensa y fomento de los movimientos populares autóctonos.

Una de las facetas alentadoras y estimulantes de la investigación crítica del presente es la habilitación de una serie de sendas de análisis interconectadas. Animados y enriquecidos por la influencia de las teorías feministas, que no sólo establecieron la significación del sexo, sino también la centralidad de cuestiones de identidad y diferencia, los nuevos trabajos sobre los posibles significados del desarrollo están incluyendo cada vez más una dimensión sexual vital. En los análisis conexos de los nuevos movimientos sociales y de su pertinencia para reformular los propósitos y fines del desarrollo en tiempos neoliberales, el papel de la mujer en esas luchas ha sido principalísimo, exactamente como las investigaciones realizadas por científicas sociales y activistas han sido fundamentales para la teorización de los movimientos sociales (Radcliffe/Westwood).

Los asuntos ambientales, y los movimientos que han surgido para combatir los efectos perjudiciales de los proyectos convencionales de desarrollo reciben cada vez más atención y se les ha vinculado con la relevancia de los conocimientos autóctonos para la protección y la sustentabilidad de los recursos vitales. Al considerar la política ambiental, los vínculos con la pertinencia de los movimientos indígenas conducen a una discusión más amplia de los objetivos del desarrollo, en la cual puede ocurrir una impugnación de la definición ortodoxa occidental de conocimiento para el desarrollo. Al mismo tiempo, puesto que los asuntos ambientales

son también asuntos globales, la estructuración de la agenda y la selección de las prioridades se conectan directamente con la geopolítica de las relaciones Norte-Sur. Mientras en el Norte, por ejemplo, ha habido una tendencia a concentrarse en los aspectos rurales de la política ambiental, en el Sur hay asuntos más urgentes que se relacionan con la naturaleza urbana del deterioro ambiental. Asimismo, los intentos del Norte de definir la agenda ambiental y vigilar las políticas de los gobiernos del Tercer Mundo evocan problemas cruciales de ética y de justicia internacional.

En plena rediagramación contemporánea de la teoría del desarrollo, en relación a la cual se está operando una diversidad de conexiones con movimientos sociales, culturas indígenas, sustentabilidad ambiental, relaciones entre los sexos, democracia y asuntos éticos, y dentro de la cual las cuestiones teóricas y políticas se inspiran en gran parte en el pensamiento post-estructuralista y post-moderno, existe un tema implícito y central: el de la geopolítica del conocimiento y del poder.

Los procesos de autorreflexividad, de autodistanciamiento, de tratar de alcanzar nuevos temas de diálogo, aprendizaje y reconsideración, bien pueden entenderse como un elemento positivo y habilitante de la sensibilidad posmoderna. En el Norte, la necesidad de reinventarnos como el otro puede insertarse, en el contexto de asumir una responsabilidad histórica por los emplazamientos sociales desde los cuales se emiten nuestro discurso y acciones. Allí, el proceso de reinventarnos como el otro requiere la voluntad y el deseo de aprender del Sur, no en una vena romántica o acrítica, alimentada por un sentimiento inconciente de culpabilidad, sino como una manera de entender mejor al Norte mismo y con él al Sur y viceversa. La vida de la mente no comienza y termina en Occidente; es necesario romper y abrir el cerco del pensamiento occidental a otras corrientes de pensamiento y reflexión. Si deseamos desarrollar una genuina expansión global del conocimiento y la comprensión, tenemos que trascender el autoencierro del Occidente en patrones etnocéntricos. La teoría y práctica convencionales del desarrollo han sido una expresión del poder sobre otras sociedades y economías - un reflejo de la creencia en el destino manifiesto de Occidente. El desafío marxista trató de hacer surgir otra forma de poder basada en principios socialistas, pero también aquí hubo una tendencia a suscribir una posición privilegiada para los patrones y significados occidentales del desarrollo. En la discusión actual sobre la significación y las disposiciones del desarrollo, la política de producción y despliegue de conocimientos ha devenido cada vez más en una cuestión cardinal. En un mundo cada vez más global, los geógrafos pueden hacer una importante contribución analítica a este tema de la geopolítica del conocimiento y el poder, y en el campo de los estudios del desarrollo

una geopolítica crítica puede comenzar por considerar las relaciones de poder involucradas en la historia de la división Norte-Sur.

Referencias

- Berger, M.T.: «Civilising the South: The US Rise to Hegemony in the Americas and the Roots of 'Latin American Studies' 1898-1945» en *Bulletin of Latin American Research* vol.12, N° 1, 1993, pp. 1-48.
- Corbridge, S.: *Debt and Development*, IBG Studies in Geography, Blackwelle, Oxford, 1993.
- Horsman, R.: *Race and Manifest Destiny: The origins of American Racial Anglo-Saxonismo*, Harvard University Press, Cambridge, 1981.
- Kay, C.: *Latin American Theories of Development and Under development*, Routledge, Londres, 1989.
- Latouche, S.: *In the Wake of the Affluent Society: an exporation of post-development*, Zed Books, Londres,1993.
- Marglin, F. A. y S. A. Marglin (eds.): *Dominating Knowledge: development culture and resistance*, Clarendon Press, Oxford, 1990.
- Niess, F.: *A Hemisphere to Itself: a history of US-Latin American relations*, Zed Books, Londres, 1990.
- OCDE: *Development Cooperation: 1992 Report*, París, 1992.
- Peet, R. y M. Watts (eds.): «Environment and Development», partes I y II, en *Economic Geography*, vol. 69, N° 3 y 4, 7 y 10/1993.
- Radcliffe, S. A. y S. Westwoods (eds.): «Viva» *Women and Popular Protest in Latin America*, Routledge, Londres, 1993.
- Sachs, W. (ed.): *The Development Dictionary*, Zed Books, Londres, 1992.
- Schuurman, F. J. (ed.): *Beyond the Impasse: new directions in development theory*, Zed Books, Londres, 1993.
- Slater, D.: *The Political Meanings of Development: In Search of New Horizons»* en Schuurman, F. J., (ed.), *ob. cit.*, 1933a.
- :«The Geopolitical Imagination and the Enframing of Development Theory» en *Transactions: an International Journal of Geographic Research*, 18/12/1993b, pp. 419-437.
- *:Marglin, F. A.; Marglin, S. A., *IN THE WAKE OF THE AFFLUENT SOCIETY: AN EXPORATION OF POST-DEVELOPMENT*. - Londres, Inglaterra, Zed Books. 1993; Schuurman, F. J. -- *Environment and Development*. Partes I y II.
- *Niess, F., *DOMINATING KNOWLEDGE: DEVELOPMENT, CULTURE AND RESISTANCE*. - Oxford, Clarendon Press. 1990; *The Political Meanings of Development: In Search of New Horizons*.
- *OCDE, *A HEMISPHERE TO ITSELF: A HISTORY OF US-LATIN AMERICAN RELATIONS*. - Londres, Inglaterra, Zed Books. 1990; *The Geopolitical Imagination and the Enframing of Development Theory*.

- *Peet, R.; Watts, M., DEVELOPMENT COOPERATION: 1992 REPORT. - París, Francia. 1992;
- *Radcliffe, S. A.; Westwoods, S., ECONOMIC GEOGRAPHY. 69, 3, 4, 7, 10 - 1993;
- *Sachs, W., «VIVA» WOMEN AND POPULAR PROTEST IN LATIN AMERICA. - Londres, Inglaterra, Routledge. 1993;
- *Schuurman, F. J., THE DEVELOPMENT DICTIONARY. - Londres, Inglaterra, Zed Books. 1992;
- *Slater, D., BEYOND THE IMPASSE: NEW DIRECTIONS IN DEVELOPMENT THEORY. - Londres, Inglaterra, Zed Books. 1993;
- *Slater, D., BEYOND THE IMPASSE: NEW DIRECTIONS IN DEVELOPMENT THEORY. - Londres, Inglaterra, Zed Books. 1993;
- TRANSACTIONS: AN INTERNATIONAL JOURNAL OF GEOGRAPHIC RESEARCH. P419-437 - 1993.